

osos entre las rosas, y que la muerte, absoluta y sin conmemoración, es la madre de la belleza.

Creando sin creer, más allá de la fe ("whitout belief, beyond belief"), su picasiano hombre de la guitarra azul, el poeta mismo, transfigura la realidad:

Dijeron: "Tienes una guitarra azul
No tocas las cosas como son".

El hombre replicó: "Las cosas como
/son
Cambian en la guitarra azul".

No debo prescindir de una divertida anécdota que prueba que la poesía, por muy sibilina que sea, pueda influir en la sociedad, o sea inquietarla. El Secretario de la Asociación de Fabricantes de Helados, después de haber leído el poema "The Emperor of Ice-cream", ese que termina con el imperial verso "The only emperor is the emperor of ice-cream", escribió a Stevens preguntándole si estaba a favor o en contra de los helados. ¿Cabe mayor impacto de la poesía en la sociedad?

Me he acercado, como sencillo lector a la poesía de Stevens para observarla, después de un largo viaje, y, aproximándome a ella desde mi ángulo, sacar una simple diapositiva.

El poeta de Hartford estuvo con seguridad de acuerdo en que la poesía es, como la definió Matthew Arnold, el habla más perfecta del hombre; y aunque hubiera rechazado la afirmación de Nemorov de que su propósito es provocar a Dios para que hable, debió de parecerle más importante que el Derecho del Seguro, por más que el tenaz y prolongado cultivo de éste haya sido su "única profesión".

Muy pocas veces los ecos del mundo jurídico penetraron, como por equivocación, en sus versos. Una de ellas, quizás la única, queda reflejada en los de "Invectiva contra los cisnes", que dejo aquí, escribiéndolos de nuevo:

*Like one who scrawls a listless testa-
/ment
Of golden quirks and Paphian carica-
/tures.*

Dividido entre dos mundos, ¿no habrá sido para quien creyó que "poetry is form of melancholia". La melancolía su verdadera profesión?



EL EMPERADOR DE LOS HELADOS

LLAMA al que enrrolla los gruesos cigarros,
al forzado, y dile que bata
en cuencos de cocina concupiscentes requesones.

Engalánense las criadas con vestidos
que les son familiares, y que sus novios traigan
ramilletes envueltos en papel de periódico.
Que el ser sea el final del parecer.
El único emperador es el emperador de los helados.

Saca del tocador de ruin tabla de pino.
al que faltan las tres perillas de cristal,
la sábana en que ella bordó hermosos pajaritos,
y tiéndela de modo que le cubra la cara.
Si sus callosos pies sobresalen, no hay duda
de que está fría y muda.
Deja pues que la lámpara fije su resplandor.
El único emperador es el emperador de los helados.

WALLACE STEVENS